

mi concepto, en solo Santo Tomás de Aquino están cifrados todos tus elogios y todas tus grandezas? ¡Qué brillante tan hermoso engastó Dios en tu corona! ¡Qué dádiva tan rica y preciosa puso el Señor en tus manos! Él es el baluarte de la Iglesia, el defensor de sus dogmas, el sostenedor de sus derechos, el propugnador de su sana moral, y el martillo que aplasta la cabeza á los filósofos y herejes. Por él hablan los sumos Pontífices; por él definen los concilios; por él se explican los teólogos; por él enseñan las universidades; por él se instruye en los colegios; y por él se levantan en todas partes preciosos monumentos á la piedad y al saber. Sol es que ilumina, estrella que dirige, y fuego que abrasa.

Tuya es la gloria ¡oh mi querido Domingo! Estos tus resplandores han formado ese numeroso pueblo de santos. Con ellos ilustra nuestras almas; desprende nuestros corazones de los bienes terrenos, y enciéndelos con el fuego del amor divino. Nada nos agrada más que Jesús; nada más anhelemos que Jesús; nada más amemos que á Jesús. De esta manera, nuestra conducta será parecida á la tuya y á las máximas del Evangelio; prometiéndonos entonces gozar en compañía tuya del sumo Bien por siglos eternos. *Amén.*

PANEGÍRICO II DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.

Dominus dabit benignitatem, et terra dabit fructum suum.

El Señor derramará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto.

(PSALM. LXXXIV, v. 13.)

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, esposa del Cordero immaculado, plantada á costa de su preciosa sangre y dirigida siempre por su divino Espíritu, ha padecido desde su origen las más duras persecuciones. Pero el Señor, que desde luego la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, y que las puertas ó potestades del Infierno jamás prevalecerán contra ella, usando de su benignidad, y en cumplimiento de su divina palabra, ha suscitado en ella en todos tiempos ministros celosos de su honor y gloria, que la instruyan en su doctrina, que la defieudan de sus enemigos, impugnando sus errores con celo y pecho apostólico, hasta morir por la verdad y por la justicia en caso necesario.

Como el Redentor del mundo jamás ha perdido de vista la salud de su rebaño, ha proveído siempre á las necesidades de la Iglesia, dotándola de ministros capaces de sostenerla en las más crueles persecuciones y deshechas borrascas. En los siglos primitivos suscitó en su defensa á los Policarpus, Ignacios, Justinianos, Ireneos, Aristides, Arnobios y Cuadratos contra los gnósticos ó iluminados, contra los erinitas y marcionistas, contra Manes y sus secuaces. Contra Arrió y su gavilla envió á S. Atanasio, á S. Eusebio Vercelense, al Nazianzeno, á S. Nicolás de Bari, y muchos otros defensores de la divinidad de Jesucristo y de su consustancialidad con el Padre celestial. Contra la pluma sacrilega del apóstata Juliano consagró la de S. Cirilo Alejandrino, que rebatió y confundió todas sus blasfemias contra el supremo Legislador y su augusta religión. Contra los do-

natistas y el hipócrita Pelagio, suscitó el Señor, entre otros muchos Padres sábios y santos, á S. Agustín, principalmente, quien les hizo confesar sus errores, é ilustró hasta la evidencia la doctrina de la Iglesia.

Bajo el mismo plan de Providencia vemos en todos los siglos, que el gran Padre de familias ha enviado obreros á su viña á recoger frutos de vida eterna; y entre ellos, á principios del XIII, al célebre Sto. Domingo de Guzmán, cuya memoria hoy celebramos. Como Jesucristo, ántes de morir, pidió á su eterno Padre hombres llenos de su divino espíritu, enriquecidos de sus dones y sabiduría, para que socorriesen á la Iglesia en las urgentes necesidades que debía padecer en la sucesion de los siglos, la vigilante caridad de este Pastor universal hizo ver en espíritu á Domingo, los males que en sus dias afligian á su tierna Esposa. Le hizo ver, de una parte, la ignorancia de los ministros del santuario y la corrupcion de los malos cristianos; de otra, la multitud y furor de los herejes albigenes, el adormecimiento del mayor número de los fieles, mientras que el hombre enemigo sembraba á manos llenas la cizaña entre el buen trigo. El ministerio de la palabra estaba casi abandonado; divididos entre si los príncipes cristianos, en grave perjuicio de la piedad y de sus estados.

En tan críticas circunstancias suscitó Dios el celo de Domingo de Guzmán, y lo envió al mundo á sostener la fé con su divina palabra, con su ejemplo á fuerza de milagros; á disipar numerosos ejércitos de herejes, que rasgaban con sus errores la túnica inconsútil de Jesucristo, y, á manera de crueles viboreznos, despedazaban las entrañas de su piadosa madre la Iglesia. A contener este torrente de iniquidades envia Dios á Domingo, y él cumple exactamente con su encargo. Insensiblemente os he anunciado la materia de su elogio que para mayor claridad divido en dos reflexiones. En la primera, os mostraré su mision extraordinaria en defensa de la religion de Jesucristo; y en la segunda, os haré ver la fidelidad con que correspondió á tan alto ministerio. Pidámos las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesion de la Virgen santísima. A. M.

Quando Dios, para acreditar su omnipotencia y sus inexcrutables designios, ha querido de tiempo en tiempo socorrer las necesidades de su pueblo y enjuagar las lágrimas de su alligida esposa la Iglesia; quando ha querido formar grandes establecimientos en apoyo de su religion y en defensa de sus imprescriptibles derechos; quando ha querido avivar su fé, renovar su culto y erigir trofeos á su honor y

gloria sobre la ruina de sus enemigos; entónces, con adorable providencia, ha enviado hombres extraordinarios, que sirvan de instrumento para la ejecucion de sus designios. Si tendemos la vista sobre la historia de nuestra religion, hallaremos que la ley judáica y la libertad de Israel, oprimido por la esclavitud de Egipto, está todo apoyado sobre la mision extraordinaria de Moisés, y que los profetas fueron los órganos que manifestaron las promesas ó castigos que habian de participar, y, á veces, los ejecutores de los decretos infalibles del Señor. La ley evangélica, asimismo, está fundada sobre la mision confiada á Jesucristo y á los apóstoles de evangelizar el reino de Dios. Estas son, propiamente, las dos misiones extraordinarias y capitales, de las cuales han dimanado todas las demás. Moisés, de órden de Dios, dió á su hermano Aaron la uncion del sacerdocio judáico, que se conservó en su familia; y Jesucristo, confiando el sacerdocio á sus apóstoles, les comunicó el poder de enviar á otros en lo sucesivo, así como ellos habian sido enviados por Jesucristo. En la ley de Moisés, y por su muerte, suscitó el Señor caudillos y profetas; aquellos para gobernar su pueblo, y éstos para anunciar sus voluntades. Del mismo modo en la ley de gracia, el Custodio de Israel, que vela sin cesar sobre su Iglesia, ha suscitado de tiempo en tiempo hombres, que sin variar el órden de la mision legitima de sus apóstoles y discípulos, se han presentado en el teatro del gran mundo como enviados extraordinarios, para anunciar su reino y socorrer á la Iglesia. Con este designio envió á Domingo de Guzmán, encargándole reparase la predicacion evangélica. Mision verdaderamente extraordinaria y árdua. Reflexionemos brevemente sobre los motivos que la causaron y las cualidades del sugeto enviado.

Las obras de Dios siempre fueron perfectas; así, quando ha enviado al mundo varones apostólicos ha sido por motivos urgentes, ya con el fin de abrir los resortes de su misericordia, ó ya de sacar y acopiar preciosos frutos de vida eterna. «Antes de enviar á Moisés, como reflexiona un sábio, esperó que su pueblo oprimido bajo el yugo de Faraon alzara el grito de su afliccion hasta su trono. Su providencia entónces se sirvió de la crueldad de este rey bárbaro, para que educase en su corte al libertador de Israel. Para enviar á Elias esperó, á que inmolados sus sacerdotes por la impia Jezabel, quedase sin sacrificio su Templo, y que los sacrilegos altares erigidos al ídolo Baal le robáran los verdaderos adoradores en Israel. Para enviar al Mesias esperó á que toda la tierra estuviese envuelta en las espesas tinieblas de la idolatría, y que en el solo lugar del universo en que su nombre era reconocido, estuviese corrompida la

pureza de su legítimo culto por las supersticiones de un judaísmo carnal del todo y terreno. » En semejantes circunstancias, Dios, que sabe proporcionar los remedios á las llagas como médico omnipotente, para curar las que afligian á su esposa la Iglesia, entre otros facultativos, envió para su consuelo á Domingo de Guzmán. La túnica de esta esposa sin mancha estaba á la sazón desgarrada por el fatal progreso de la herejía de los albigenes, que habia inficionado con sus errores una gran parte de los reinos cristianos. Sabemos además por la historia de su siglo, que los reyes cristianos estaban entre sí divididos por sangrientas guerras, no ménos funestas á la piedad que á sus Estados. El ministerio de la palabra de Dios, este medio eficaz para sostener la religion, y como una especie de dique contra el torrente de la impiedad, yacia en gran parte interrumpido ó despreciado. Para remedio de estos males, entre otros muchos operarios, envia el Señor, principalmente en aquella época, á Domingo. Oye éste la voz de Dios como otro Samuel, y obedece como Saulo. Con el motivo de acompañar á su tío el obispo de Osmá, que pasaba á Francia en calidad de embajador para tratar una alianza entre aquel soberano y el de España, pasó Domingo á Paris, donde acabó de informarse de los estragos que la herejía causaba en todas partes; y devorado de celo por la casa de Dios, marchó á Roma con pasos de gigante; y presentándose á Inocencio III, le pidió auxilios para atajar los progresos de aquel mónstruo, que, turbando la paz de la Iglesia, habia encendido el fuego de una guerra infernal en casi toda la Europa. Estimulado el sumo Pontífice del celo de este varón apostólico, y conocidas sus virtudes, nombró á Domingo por su legado en la corte del rey Cristianísimo, solicitando de este poderoso príncipe, que se opusiera al error sostenido, y triunfante, principalmente en sus dominios, por más de cien mil hombres armados en su defensa.

Hé ahí una mision extraordinaria cometida á Domingo de parte de los hombres; pero lo fué aún más por parte de la Providencia. Cuando Dios suscita esos ministros de sus voluntades, no descubre á veces todos los designios que se propone obrar por ministerio de ellos. A primera vista nos parecerá, que eligió á Moisés con el fin solo de librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto y traerlo á la tierra de Canaán, prometida á sus padres; pero si profundizamos el fondo de estos hechos hallaremos, que se sirvió el Señor del ministerio de este santo legislador, principalmente, para abrirles un camino milagroso para la tierra prometida; instruyendo en una sola á todas las naciones en la necesidad de observar unos preceptos, sin los cua-

les es imposible entrar á poseer la verdadera tierra de promision, que es el Cielo. Hablo de los mandamientos promulgados sobre el monte Sinai, y grabados sobre tablas de piedra por el mismo Dios. Hallaremos además, que en las ceremonias, sacrificios y oblacones que estableció Moisés para el culto de aquel pueblo, quiso el Señor figurar la ley evangélica, como testifica el Apóstol. A este modo, cuando Dios envió á Domingo á Francia no manifestó, al principio, todos los designios que sobre él se habia propuesto. La mision de este varón apostólico, dice un sábio, parece que solo se dirigía á la extirpacion de la herejía de los albigenes; pero la Providencia disponia un medio eficaz para la extincion de todas las herejias por medio de la predicacion de su palabra, que más aguda que una espada de dos filos cortase en las almas todas las raices del error. Domingo es un legado apostólico, que viene á poner la espada de S. Pedro en manos de un monarca cristiano contra los enemigos del Estado y de la Religion; pero Dios se propone tambien hacerlo un predicador de primer orden, que reenteve en su Iglesia la primera mision de los apóstoles, enviados al universo á predicar el Evangelio á todas las criaturas. Cuando predicó su primer sermón á presencia de un congreso innumerable y distinguido, empezó saludando á Maria santísima con las palabras del arcángel S. Gabriel, para manifestar desde luego, que la guerra santa que emprendia contra el error y los vicios se dirigía al honor de Dios y defensa de su Iglesia, bajo la tutela de su augusta Madre, canal de sus misericordias. Con este fin estableció la devocion del santo Rosario, reduciéndolo á su debida forma; y vió con gozo espiritual la rapidez con que se extendió por todo el mundo cristiano, y los preciosos y abundantes frutos que en todas partes recogian sus cofrades. La palabra de Dios, con que hacia presente al pueblo los adorables misterios de nuestra redencion; la palabra, que yacia por mucho tiempo abandonada ó despreciada, empezó á ser fecunda en frutos de vida eterna bajo la tutela y proteccion de Maria.

Domingo de Guzmán medita profundamente las palabras con que el Señor se queja por Isaías, de la infecundidad de su viña, cuando dice: Esta viña ingrata nada produce; y toda la solicitud que he puesto para hacerla fecunda ha sido inútil: yo prohibiré á la nubes que lluevan sobre ella. Vosotros siempre tendreis predicadores, porque la Iglesia jamás fallará; pero serán hombres sin uncion, porque vosotros sois oyentes sin espíritu de compuncion. Estas palabras encienden el celo de Domingo por el honor de Dios y salvacion de sus hermanos; y pareciéndole oír resonar á sus oidos el oráculo del Señor por Jeremías, que dice: «Mi palabra ha caído en oprobio por

el desprecio que de ella se hace; y para vengarme pongo esta divina palabra en tus labios como un fuego devorador, y los pueblos que la oyéren como un palo seco, que ella consumirá. Encendido en aquel fuego divino, que el Salvador vino á encender sobre la tierra para que ardiese sin cesar, se propuso Domingo imitar en su predicación á S. Pablo, que, despreciando los discursos sublimes de la elocuencia humana y las arengas del Atrio y del Liceo, ajenas de la cátedra del Espíritu Santo, nubes sin agua, según la expresión de san Judas, y solo á propósito para captar el aura popular, se gloríaba de no saber otra cosa que á Jesucristo crucificado, su religion, su moral y sus misterios. Tal fué el plan de predicar que se propuso este varon apostólico, y sobre el mismo fundó su venerable Orden de Predicadores, para rebatir por este medio la herejía y conquistar almas para el Cielo. ¡Qué hermosos, oh Dios mio, fueron los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Sus palabras eran otras tantas centellas de fuego de amor divino que penetraba en las almas, y otras tantas flechas agudas que, lanzadas con la fuerza de su celo, herían el corazón de los enemigos de Dios. ¿Qué solicitud igual á la de este varon apostólico, de este enviado extraordinario de Dios al mundo, que pasaba el dia trabajando y la noche sin descanso, que bastaba por sí solo á predicar á los pueblos, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos y á disputar con los herejes? Su predicación, como la de otro Pablo, estaba fundada sobre sabiduría y virtud. ¿Qué fuerza no tenían las verdades evangélicas en los labios de un hombre, que, predicando á Jesucristo crucificado, renovaba la memoria de sus prodigios? ¿Qué no pueda yo detenerme á manifestaros los innumerables milagros que obró Dios por medio de este su enviado! Veriais andar los cojos, hablar los mudos, recobrar la vista los ciegos y resucitar los muertos. ¿Qué pruebas más auténticas de su misión extraordinaria? No parece sino que el Señor le había dado poder absoluto sobre los elementos. El fuego, el agua, el aire, la tierra obedecen sus órdenes. El mismo sale íleso de entre las brasas, como los tres jóvenes del horno de Babilonia. El siglo de Domingo fué testigo fidedigno de todos esos prodigios, y más de cien mil herejes convertidos por sus sermones, fueron público testimonio de esos hechos, que no ménos acreditan su misión extraordinaria de parte de Dios, que la fidelidad de Domingo á su ministerio.

Para sostener la religion en toda su pureza, se ha dignado siempre el Señor, comunicar toda su virtud y energía á la predicación; porque los innumerables fundamentos en que descansan su religion y la vida eter-

na, son las verdades reveladas y las leyes que debemos observar. Por esta razón, nunca ha dejado Dios de enviar á su Iglesia varones ilustrados de su divino Espíritu, para conservar la pureza de su doctrina, impugnando los errores y el orgullo del espíritu humano; ni ha omitido proveerla de hombres celosos de su ley, para que hagan frente al desarreglo de las costumbres; para combatir los vicios del siglo y reformar los abusos. Y aunque tocamos por la experiencia, que Dios reparte los dones á su arbitrio, y que no á todos los sábios ha dado el don de palabra, sin embargo, como Sto. Domingo era su ministro extraordinario, le comunicó los dones de sabiduría y el de la palabra para combatir á un mismo tiempo los errores y los vicios con igual éxito que celo. Mas, atendida su vida prodigiosa y sus ilustres hechos á favor de la religion, no hasta, para concluir su elogio, considerarle como doctor y predicador extraordinario, que, de una parte, confunde la herejía con la fuerza irresistible de sus discursos y escritos, fundados en la verdadera y sana doctrina; ni que de otra, haya confundido á los herejes y á los vicios desde los púlpitos por el ardiente celo de su predicación. Debemos no perder de vista la doble guerra que declaró al error. En ésta, como reflexiona un sabio, lo vemos triunfar, no solo de la falsedad de las máximas, sino de la rebelión de los partidarios de la herejía y de los vicios. Domingo emplea para la destrucción de estos dos monstruos la espada de dos filos de la divina palabra, y aquella otra espada terrible que puso el Señor en mano de los reyes, para abatir el poder ilegítimo y tiránico que se rebela contra la potestad sagrada. Semejante á los valerosos israelitas, que reedificaban el templo de Jerusalén bajo la conducta de Esdras, reparaba con una mano las ruinas de la casa de Dios, y con la otra combatía y postraba á sus enemigos.

Al ver profanados los templos, los vasos sagrados abandonados al pillaje, interrumpidos los sacrificios, inmolados los sacerdotes en lugar de víctimas; abolidas las ceremonias santas, violadas las vírgenes y entregadas á animales inmundos; desfigurada en fin la belleza y hermosura de la Esposa de Jesucristo por los sacrilegos atentados de los albigeneses; el celo de Domingo se enardece, se enciende como una llama abrasadora, y sostenido con una bula del sumo Pontífice, predica una cruzada contra esta seta impia; y considerando, que á Dios le es tan fácil vencer con pocos que con muchos, acompañado de un pequeño número de caballeros y de soldados católicos, marcha á grandes pasos, lleno de confianza en la asistencia del brazo irresistible de Dios y en la justicia de su causa, contra un ejército de más de cien mil herejes, que habían establecido en el Lan-

güedoc el cuartel general de su rebelion y el teatro de sus violencias. Domingo se presenta, los ve y los vence. Los numerosos batallones heréticos, al llegar los católicos, se dispersan; unos caen prisioneros, otros mueren al filo de la espada vengadora, y ofrecen un digno sacrificio, inmolados á la indignacion del Dios de los ejércitos. ¡Qué grande sois, Señor, y cuán irresistible es vuestro poder! A Vos se debió este triunfo; pues, mientras Domingo levantaba como otro Moisés sus bra zos al Cielo, y el conde de Monfort, este nuevo Josué, perseguía en derrota á esos nevos amalecitas, vuestro omnipotente brazo obraba invisiblemente. Domingo no tenia en sus manos otra cosa que un Crucifijo, la Bula y el Rosario; y con solas estas armas veia caer á su diestra y siniestra innumerables enemigos. Así vió en breve trastornado el altar sacrilego de Baal, exaltado el nombre de Dios, y concluida con su divino auxilio la empresa. Por medio de esta memorable jornada, dice un sábio, se dignó el Señor autorizar la devocion del santo Rosario bajo los estandartes de esta guerra de religion. Domingo, en efecto, prestó en esta ocasion un ilustre homenaje á la Reina del Cielo. Desde el campo de batalla pasó devoto á una capilla consagrada á Dios en honor de su verdadera Madre, y la dirigió, por la vez primera, aquella alabanza, que la Iglesia ha repetido tantas veces á su gloria; á saber: Tú sola has destruido todas las herejias. Elogio justo y verdadero; porque la herejía de los albigenses era un monstruoso cúmulo que las abrazaba todas.

Empero Domingo no se contenta con arrojar la herejía de los lugares donde dominaba; se propone atacarla en las almas donde habia fijado su sólio. Nada juzga haber hecho si no convence á los obstinados. ¿Con qué conato no promueve su conversion? Su celo, su ardiente celo, le mueve tal vez á indignacion á vista de muchos infelices apóstatas de la fé, que, abandonadas las fuentes de agua viva, iban á satisfacer la sed en cisternas turbias y pestilentes; y arrebatado de una ira santa, les decia como otro Elias: si Baal es vuestro dios, seguidlo; y si el Dios de Israel es el verdadero Dios y Señor, derribad los altares de Baal para adorar al Dios de vuestros padres en espíritu y verdad. Y para que no penseis que hablo por entusiasmo, traed á la memoria el pasaje de Elias con los sacerdotes de Baal, que nos refiere la Escritura santa. Yo solo, dijo Elias al pueblo de Israel, yo solo soy el profeta del Señor, y los profetas de Baal son cuatrocientos y cincuenta: tráiganse dos bueyes, elijan ellos uno, divídanlo en trozos, y colocado sobre la leña no la pongan fuego debajo. Lo mismo haré yo con el buey que se me entregue. Invocad, añadió, los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el de mi Señor, y el Dios que oyere

por medio del fuego, sea ese el Dios. Buena propuesta, dijo el pueblo. Hizose lo concertado. Los profetas de Baal clamaban á grandes voces: Baal, óyenos; y nadie les respondia. Elias se burlaba de ellos, diciéndoles: clamad más alto..... para que vuestro dios, si está dormido, despierte. Por más esfuerzos que hicieron, Baal se mantuvo sordo y mudo. Elias entonces invocó al pueblo: erigió el altar del Señor, que estaba destruido, puso sobre él la leña, mandóla por tres veces rociar con agua, y que llenasen de ella un foso que rodeaba el altar; y al puntó que clamó al Dios de Israel descendió fuego del Cielo, que consumió la victima, la leña, las piedras, y hasta desaparecieron el agua y el fuego del acueducto. ¡Milagro incontestable, que loemos renovado, en cierto modo, en los dias de Domingo! Convino éste con los doctores de la secta albigense, que se arrojae á una hoguera el libro que contenia sus máximas, juntamente con el compuesto por él mismo contra sus errores, y que se tuviera por verdadero el que saliera ileso. Ejecútase lo convenido, y el fuego consumió al punto el libro de los herejes, y el de Domingo, que contenia la santa doctrina, arrojado por tres veces á las llamas, no solo salió ileso, sino sin ahumarse. ¡Así os dignasteis manifestar ¡oh Dios mio! la verdad de vuestra religion y la mision de vuestro siervo! Pero el celo de éste no se limita á la conversion de los herejes á la fé; anhela la conversion de los pecadores á la penitencia. Inflamado su corazon del ardiente amor de Jesucristo, lo devora el celo de la casa de Dios y la salvacion de sus hermanos. Hecho todo para todos, como otro Pablo, predica, insta, arguye, reprende, oportuna é importunamente. Su voz, animada del espíritu de Dios, como la del Bautista, era una antorcha que brillaba y ardia. Sus discursos, llenos de uncion y de una fuerza secreta é irresistible, triunfaban del corazon de sus oyentes. Cuando predicaba á los pueblos, su rostro aparecia como un rayo de luz, que resplandecia con el fuego de la caridad que inflamaba su alma. Por manera, que más parecia ángel del cielo que hombre terreno. Mas no penseis que el celo de este siervo fiel se limitó á la conversion de un solo pueblo ó provincia. Recorre toda la España, la Francia, la Italia; y, conducido por el espíritu de Dios, á manera de una nube misteriosa, derrama por todas partes las aguas saludables de la doctrina evangélica que saltan hasta la vida eterna. ¡Qué de Samaritanas, qué de Magdalenas, qué de adúlteras convertidas á una verdadera penitencia por el ministerio de Domingo! ¡Qué de publicanos, qué de ladrones, qué de pecadores obstinados no abandonaron las sendas de la iniquidad y avanzaron su marcha por las de la salud, bajo la direccion de Domingo! Los anales de la Iglesia publicarán siempre los ilustres

rofeos de la predicación de Domingo de Guzmán, cuyo ministerio y espíritu dejó por testamento y herencia á sus hijos.

Consideró el santo patriarca, que no podía por sí solo subvenir á las necesidades de diferentes iglesias, y que su muerte interrumpiría sus trabajos apostólicos; su celo, que á imitación de S. Pablo se extendía á todas las iglesias del mundo, le sugirió el secreto de multiplicarse en su posteridad. Con este fin instituye un Orden religioso, consagrado por voto particular á ejercer el ministerio de su glorioso Padre. Lejos de mí, hermanos míos, todo espíritu de adulación. Mas si el árbol bueno ó malo, segun el Evangelio, se debe conocer por sus frutos; y si los hijos, como dice el Espíritu Santo, son, ordinariamente, la muestra del padre, vosotros no ignorais cuanto ha contribuido este venerable Orden de predicadores al esplendor y extension deleatolicismo por todo el mundo habitado. Molestaría yo vuestra atencion si quisiera, aún en sumario, hacer enumeracion de las regiones bárbaras en que ha publicado el Evangelio y establecido la fé del Crucificado; los santos pontífices, mártires y confesores que ha dado á la santa Iglesia, y que hoy veneramos en sus altares; los innumerables sábios que ha producido este Orden para honor de las escuelas, de las universidades, del Estado y del mundo literario. Baste decir en conclusion, que, herederos del ministerio y espíritu de su glorioso Padre, han dado preciosos y abundantes frutos de santidad y de sabiduria, á la Iglesia y á los Estados, bajo la tutela de la Madre de Dios, cuya devocion y santo Rosario han extendido por todo el mundo cristiano.

Hermanos míos, pedid á Dios que envíe predicadores que sigan siempre las huellas de este gran fundador, é imiten su celo por la honra del Señor, por la defensa de su Iglesia y verdadera religión; para que el Cielo se digne derramar en nuestros dias su benignidad sobre la tierra ingrata de nuestros corazones, y éstos produzcan abundantes frutos de penitencia y de santidad, como en los tiempos de Domingo. Suscited ¡oh Dios mío! varones apostólicos, que en estos dias lúgubres defiendan vuestra causa, consuelen á vuestra afligida Esposa la Iglesia, confundan la perfidia de sus implacables enemigos, los atraigan á su seno, y los conviertan á verdadera penitencia, para que todos os conozcan, os amen en vida y gocen en la eternidad. *Antén.*

PANEGÍRICO DE SAN ELADIO, ARZOBISPO.

Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua.

Alabemos á los varones gloriosos y á nuestros padres en su generacion.

(ECLESIASTICO, XLIV. 1.)

Vengo resuelto á probaros en este breve rato, que *san Eladio nos enseña á apreciar el oro, la plata, las riquezas y los bienes de esta vida en su justo valor.* ¿Podria yo escoger una materia más interesante en unos tiempos como los que atravesamos, ni más propia y adecuada para formar el elogio de un Santo nacido en la opulencia, educado en la abundancia, colocado en los empleos más honoríficos de la corte, elevado á la dignidad de arzobispo de Toledo; y en todos los estados y condiciones de su vida siempre virtuoso, siempre acepto á los ojos de Dios, siempre desinteresado, desprendido, generoso, amable y accesible como buen discípulo de aquel Dios de bondad, que conversó con la Samaritana, consoló á la viuda de Nain, se hospedó en la casa de Zaqueo y pasó haciendo bien y sanando á cuantos necesitados imploraban su auxilio? Esas gentes bulliciosas, eternamente ocupadas en las galas, en las modas, en vanos pasatiempos, en inútiles recreaciones y en las funestas maniobras de la ambicion y del interés; esos ricos idólatras del dinero y de los miserables bienes de la vida; y aún esas mismas personas devotas, que quieren juntar la virtud con sus regalos y conveniencias, la santidad con el esmero en procurarse comodidades, y la gracia con el fausto, con la brillantéz y ostentacion de las almas hipócritas, altivas y orgullosas; ¿no han de poder ser hijos de una religion ocupada en dirigir hácia el Cielo á los ricos y á los pobres, á los que viven en el bullicio de los negocios públicos y á los que pasan una vida oscura en el hogar doméstico; á los casados como á los solteros, á las gentes

del campo, de la milicia y del foro, como á los eclesiásticos ocupados en el servicio del santuario? Léjos de mí semejante blasfemia. Para todo hay remedio en nuestra religion santa; nada hay en ella inexplicable; hasta los instintos de la desesperacion son corregibles: los mismos avaros, los codiciosos é interesados, y los que no viven sinó para atesorar bienes perecederos, pueden salvarse si escuchan la voz del eterno Legislador, que nos dice á todos: que no tengamos apego ni afición á las riquezas, que no nos dejemos dominar del oro, que no pongamos nuestro corazon en el dinero, que busquemos ante todas cosas el reino de Dios y su justicia, seguros de que no nos faltará lo necesario para pasar la vida; que no seamos como los gentiles afanados por buscar esas cosas; y que dejándolo todo por la virtud, recibiremos el ciento por uno en la tierra y la gloria eterna en el Cielo.

El oro, la plata, las riquezas, los bienes de este mundo; las dignidades, los honores, la grandeza humana, el esplendor y brillo, que tanto suele deslumbrar... todas estas cosas pueden ser compatibles y conciliarse con las máximas del Evangelio, si imitamos la conducta de san Eladio, si nos dejamos conducir por sus enseñanzas, si convencidos de la verdad de mi proposicion cumplimos con el deber que nos impone la Sabiduría eterna, cuando para que seamos obsequiosos y agradecidos nos dice: «Alabemos á los varones gloriosos y á nuestros padres en su generacion.»

Para que todo ceda en provecho de nuestras almas y en gloria del que solo es santo y señor, inspiradme, Maestro de la verdad. Os lo pedimos por medio de la Reina de todas las virtudes. *A. M.*

Quando el Salvador del mundo dice: «que el que quiere ser su discípulo, debe renunciar cuanto posee;» ¿se os figura, acaso, que nos prescribe el despojo general de todos los bienes, en el sentido en que lo hicieron los fundadores de las Órdenes monásticas y sus hijos? Esta seria una torpe equivocacion. Nuestro divino Maestro no pide á todos ese sacrificio, pero sí exige de cuantos quieran ser sus discípulos, que desprendan su corazon de los bienes de la tierra, que entre la misma abundancia sean pobres en el afecto, que no tengan apego á las riquezas, ni ménos que éstas sean su ídolo. Permite que seáis ricos y acrecentéis vuestra fortuna; pero ricos sin apego á las riquezas, sin una subordinacion servil á lo que se posee, sin abusar de ello para satisfacer pasiones criminales, sin cometer injusticias, siempre prontos á perder lo que se tiene si Dios así lo dispone, y á repartirlo entre los pobres segun las leyes de la piedad cristiana.

Pero entendedlo bien: el Hijo de Dios dice, que no pueden pertenecerle los ricos orgullosos, avaros, usureros, voluptuosos, duros con los pobres y semejantes al rico Avariento que se describe en el Evangelio (1). De éstos, dice la Sabiduría eterna, que «más facil es »á un camello el pasar por el ojo de una aguja, que á un rico »el entrar en el reino de Dios (2). ¿Cómo así? ¿Por qué una aseveracion tan absoluta? Porque á las riquezas no debe pegarse el corazon criado para bienes más preciosos y eternos; porque debemos amar á Dios sobre todas las cosas, haciendo que todo lo visible é invisible nos sirva como de medio para llegar á aquel grado de caridad, en que podamos decir á nuestro Dios con san Francisco de Asis: «¡Dios mio y todas las cosas!» porque no hay medio; ó hemos de renunciar el titulo de discípulos de Jesucristo, ó hemos de amar las riquezas y bienes criados con subordinacion á los eternos y celestiales. Así nos lo dice el Hijo del eterno Padre; y este dicho infalible comprende tanto al príncipe como al vasallo, al padre de familia como al que no tiene sucesion, al hombre público como al particular. En hora buena que se conserven los bienes adquiridos legitimamente, y que se aumenten por medios justos; pero el apego del corazon á estos bienes está absolutamente condenado en el Evangelio; y con razon, porque ¿no es cierto, que en cuanto ponen los hombres su corazon en ellos pasan á ser su ídolo? ¿No nacen de este apego é inclinacion vituperable la codicia, la ambicion y la avaricia, con todo el ejército de vicios y pecados, que siempre siguen á aquellos desórdenes calificadlos de *idolatria* por el Apóstol? Reflexionad, y estad en que, hablando en rigor, las riquezas legitimamente adquiridas no son las que pervierten á los cristianos, sino que el apego á ellas es el que las emponzoña, el que hace réprobos á tantos ricos, el que tiene á la sociedad en el deplorable estado en que la vemos. ¿Cuántos reyes, príncipes y poderosos han sido santos? ¿Y cuántos santos han sido ricos, profesando entre las riquezas la más rígida pobreza, para ser del número de aquellos de quienes dice Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos?»

San Eladio es uno de ellos, y en él solo podemos aprender á apreciar en su justo valor el oro, la plata, las riquezas y bienes de esta vida. ¿Hay acaso quien dude de esto? Pues callen las palabras, hablen los hechos y decida el buen juicio. Aunque este varon glorioso y padre de nuestra fé nació en Toledo, de la nobilissima prosapia de

(1) Luc. xvi, 4.

(2) Luc. xviii, 25.

los reyes Godos, y recibió una brillante educacion en el real palacio en que vivía su padre, condecorado con los empleos más honoríficos; aunque mereció la gracia y favores más distinguidos del príncipe, y era tenido en la corte por uno de los jóvenes más cabales de su tiempo, no se os figure que voy á valerme de estas ventajas para hacer brillar el cuadro de la edad infantil de nuestro Santo, ni que yo sea capaz de fundar su elogio en cosas que pueden repularse entre las que computó el Sábio para decir, que halló vanidad en todo. Solo os diré: que san Eladio recibió de Dios un corazón como nacido para la virtud; que desde su cuna fué prevenido con dulces bendiciones; que su entendimiento despejado, unido á una singular circunspeccion y gravedad de costumbres, indicaba que Dios le tenia destinado para cosas grandes; que puesto, en fin, por el rey en el cargo importante de gobernador de las cosas públicas, manifestó en este honorífico empleo, que solo Dios era el objeto de su amor, de sus ansias y deseos, sin que los atractivos de una gran fortuna y los adelantamientos con que le brindaba su propio mérito, hiciesen en su alma la menor impresion contraria á su rectitud; sin que todo cuanto apreciaban en mucho los hombres, mereciese en su concepto más valor que el que le dá la religion; y sin que la risueña perspectiva de un lisonjero porvenir influyese en su corazón más que para decir con nuestro Salvador: «¿De qué importa al hombre la posesion de todo el universo, si en ella padece detrimento su alma?» De ahí el esmero con que procuraba invertir cuanto tenia en los pobres y obras de piedad y misericordia; el apreciar los bienes y riquezas como medios de ejercitar las virtudes, que deben hacer el adorno de los ricos; y la exquisita exactitud en arreglar su conducta á las máximas y preceptos del divino Maestro. De ahí la continua contemplacion de los bienes eternos, su escasa estimacion de los terrenos y transitorios de esta vida, su firme resolucion de renunciarlo todo por seguir más de cerca á Jesucristo, y el pensamiento heroico de trocar la independencia, la libertad y conveniencias del siglo por la sujecion, por la austeridad y penitencias del monasterio Agaliense, en el que tomó el hábito de monje, resuelto á ser verdadero hijo del gran padre san Benito; á caminar por las sendas que conducen á la perfeccion evangelica; y á nutrir y acrecentar en el silencio del claustro el amor con que estaba unido al Dios, que dice: que es necesario aborrecer el alma en esta vida para ganarla en el Cielo.

Retirado del mundo san Eladio y establecido en la mansion de los justos, y seré yo capaz de hacerlos percibir siquiera, lo que adelantó en

el camino de la vida espiritual, la parsimonia con que edificaba á los mismos santos, y el fervor con que este ejemplar cenobita se entregó al ejercicio de todas las virtudes para ser todo de su Dios? No, hermanos míos. Lo que pasa entre el alma del justo y el Esposo celestial no está al alcance de los hombres. Éstos no pueden comprender los designios de la Providencia sobre los que ha elegido para instruir y dirigir á los mortales por los caminos de la ley santa. Porque, decidme: ¿podiera ninguno figurarse, que del tugurio penitencial de un convento habria de salir un pobre monje, para dar lecciones y enseñar á las gentes del mundo, acerca del valor en que deben apreciarse el oro, la plata, los bienes y riquezas de esta vida? Pues vedlo sin embargo así en el glorioso san Eladio. Le nombran abad los monjes Agalienses, y no solo se esmeró en dirigir á sus súbditos con la oportunidad de sus consejos y con el ejemplo de sus virtudes, sino que acrecentó considerablemente los bienes temporales del monasterio, porque ellos podrian conducir á la mayor honra y gloria del Señor y al servicio de su santuario. Vacó la silla arzobispal de la primada de las Españas, y como la fama se habia apoderado de la prudencia, de la santidad y sabiduria de san Eladio, todos los electores pusieron los ojos en él, y fué elegido y consagrado arzobispo de Toledo, en cuyo destino escuchad y vereis cómo nos enseña.

Todos sus desvelos tenian por objeto la perfeccion del estado eclesiástico, la reforma de costumbres de su pueblo, y el lustre, la magnificencia y esplendor del culto divino. Pero, como para esto se necesitan el oro, la plata, las riquezas y bienes temporales, y sea necesario el dinero para edificar templos, fundar establecimientos piadosos, socorrer á los pobres y atender á las necesidades de la sociedad, preciso es convenir en que muchos hombres deben procurárselo, como David y Salomon; como los Teodosios, Luisés, Enriquez y Ferrnandos; como los Gregorios, Leones, Pios, Clementes y Benedictos; quienes ejercitaron su virtud en recoger bienes temporales para asegurar con ellos los eternos, como lo manda Jesucristo. San Eladio, pues, inspirado por el Cielo, fué extraordinariamente solícito en procurar, que todas las cosas criadas sirviesen á su Criador; que todo lo más precioso que hay entre los hombres se emplease en los actos virtuosos de la religion; que los bienes temporales y las riquezas abriesen el camino para el Cielo á los que las poseian; y que los ricos dando, y los pobres recibiendo, fuesen los ecos de los que sin cesar cantan en el Cielo: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.» Constituido administrador de los necesitados, se tenia por obligado

á buscar desgraciados á quienes socorrer: su celo y caridad le llevaban á las casas de los indigentes y desvalidos, á la de los enfermos y apurados por cualesquiera de esas calamidades que fluyen sobre la tierra, como lo dice el santo Job. Así mereció el renombre de padre de los pobres. Las misericordias y limosnas de san Eladio, dice san Ildefonso su discípulo y sucesor en la abadía Agaliense y en el arzobispado de Toledo, «eran tan copiosas, como si entendiése que eran »sus mismos miembros y entrañas todos los necesitados.» Era admirable su frugalidad en la mesa, reducido en sus gastos personales, espléndido para los demás, adicto exclusivamente á la direccion de la grey que se le habia confiado; y tan convencido estaba de que las obras y no las palabras debian hablar, que dice el mismo san Ildefonso: «que san Eladio rehusó el escribir, porque sus acciones laudables enseñaban más que cuanto pudiera imprimir en el papel.» Á su piedad se debió la construccion del templo de santa Leocadia en Toledo, donde fué sepultado con un epitafio expresivo de su nobleza, nacimiento y admirables acciones, escrito por san Ildefonso, al que tengo que remitir por no sacar este discurso de los limites que ha prescrito la costumbre.

Basta, sin embargo, para mi intento, lo que dejo expuesto. Porque, ó los avaros y codiciosos se empeñan en cerrar los ojos á la verdad manifiesta y patente en la conducta de san Eladio, ó han de reconocer, que este Santo nos enseña, prácticamente, á justipreciar con rectitud el valor del oro, de la plata, de las riquezas y bienes de esta vida. Apréndase pues de él á dar á cada cosa lo suyo; y sépase, que nuestra religion no condena las riquezas, sino el apego del corazon á ellas; que nuestro Dios no prohibe que se cuiden, se adquieran y se adelanten los bienes temporales por medios justos, sino el que se haga de ellos un idolo, que nos cautive y arrastre hácia el Infierno. Tengan dinero en hora buena, y sean ricos los que deban serlo, segun los designios de la divina Providencia; pero den gracias á Dios por los bienes que se ha dignado concederles, y no pongan su corazon en ellos, sino en los eternos; que son los que con preferencia á todo deben procurarse. Acrediten su desinterés con su conducta, imitando á san Eladio, que todo lo refirió á la mayor honra y gloria de Dios y provecho del prójimo; y poniendo todos sus bienes á disposicion del Dueño de todo el universo, estén dispuestos á decir en el caso de una pérdida como el santo Job: «el Señor lo dió, y el Señor lo quitó; se hizo segun su voluntad; sea el nombre del Señor bendito.» De este modo las riquezas serán útiles y provechosas, servirán para ejercitar las virtudes de la liberalidad, de la misericordia, de la caridad, y

otras muchas recomendadas en el Evangelio; y los ricos podrán imitar al Padre celestial en la bondad con que llena de beneficios á sus criaturas, como lo practicó el glorioso san Eladio, á quien no sirvieron de obstáculo los bienes de la tierra para lograr los del Cielo, ántes bien se valió de ellos para servir al Señor, socorrer á los necesitados, y merecer por los méritos de Jesucristo la gloria eterna, que á todos deseo. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN ELÍAS, PROFETA.

*Surrexit Elias propheta quasi ignis...
amplificatus est in mirabilibus suis... et in
Eliseo completus est spiritus ejus.*

Levántese Elias, como un fuego. Se hizo célebre por sus milagros, y quedó en Eliseo la plenitud de su espíritu.

(ECCLES. XLVIII, 1 et seq.)

Dos dificultades encuentran comunmente los oradores en los asuntos que tratan: la una, por la escasez y esterilidad de la materia; y la otra, por sobrada copia y abundancia. Para lo primero es preciso valerse de mil alusiones ajenas del intento, de historias, pinturas y comparaciones, para dar á la obra el cuerpo que ella de por sí no tiene; para lo segundo se requiere gran discrecion y tino en saber lo que se ha de decir; porque el decirlo todo es imposible, y ocasiona confusion y molestia en los oyentes una oracion difusa y delicada. Entrambas cosas piden destreza en el orador para enlazar con arte las piezas de la oratoria; pero los asuntos de suyo vastos, fecundos y floridos llevan esta ventaja, que no se necesita mendigar flores retóricas para adornarlos; y una relacion sencilla de algunos particulares pasajes dá á entender, bastantemente, lo que resta que decir del sugeto que se elogia. Digo esto, hermanos míos, porque el objeto de los presentes cultos, el Santo cuyo panegírico tengo á mi cargo formar, es tan admirable y portentoso, tan grande y extraordinario en virtudes y prodigios, sus empresas tan árduas y tan sublimes, su vida tan ejemplar y tan heróica, sus acciones tan elevadas y tan altas, todo él tan particular y tan famoso, que yo no sé lo que deba decirlos ó lo que deba callarlos. Ora le mire en el oriente de sus luces, ora en el mediodia de sus rayos, ora en el ocaso de sus resplandores; siempre

me parece una estrella de primera magnitud, un astro de superior esfera, un fenómeno raro en la region de los santos, que embelesa la vista de quien le examina, y un prodigio de la gracia que arrebató y saca fuera de sí al entendimiento que le contempla.

Descorred el velo de los tiempos, desenvolved las historias de los siglos, recorred los anales, los fastos de la Religion: siempre será verdad decir, que las calidades más brillantes que distinguieron á los héroes y á los hijos de Dios, y que repartidas entre millares hicieron el nombre de cada uno de ellos célebre y memorable, todas estuvieron concentradas y reunidas en la persona de Elias; él fué como un océano de santidad, á donde fueron á dar, y de donde salieron despues, los más copiosos raudales de virtud y perfeccion. Célebren otros, enhorabuena, el candor y la inocencia de Abél, la piedad y la religion de Enós, la fé y la obediencia de Abrahán, la intrepidez y fogosidad de Finees, el imperio y señorío de Moisés; la direccion y acierto de Josué, la humildad y mansedumbre de David, la pureza y castidad de José, la modestia y devocion de Samuel; que á mí me lleva la atencion sobre todos los otros, el candor y la inocencia de Elias, la piedad y la religion de Elias, la fé y la obediencia de Elias, la intrepidez y fogosidad de Elias, el imperio y el señorío de Elias, la direccion y el acierto de Elias, la humildad y mansedumbre de Elias, la pureza y la castidad de Elias, la modestia y la devocion de Elias. Pero su heroísmo y la grandeza de su alma no hallo á quien compararlos sinó á sí mismo; y me atrevo á decir, que fué el modelo, segun el cual se han formado todas las almas grandes. Mas dejemos estos encomios generales, indeterminados y vagos, y ciñamos el discurso á una idea más propia y característica de nuestro Santo; y si no se dice todo lo que abraza su heroísmo, porque un panegírico es corto lienzo para el retrato de un gigante de este tamaño, á lo ménos se trazarán algunos rasgos que indiquen su magnitud y corpulencia. Yo le veo inflamado de un celo por la gloria de Dios que le devora las entrañas; yo le veo obrar unos portentosos y maravillas que asombran al mundo entero; yo le veo arrebatado en un carro de fuego, que lo eleva por los aires y lo esconde á la vista de los mortales sin despojarle de la mortalidad; y yo le veo, finalmente, despues de su traslacion, continuar en los mismos prodigios por aquel espíritu doble que dejó á su discípulo Eliseo y á todos los alumnos de su escuela. En consecuencia de esto os hablaré de su celo, que es su principal carácter, y de paso tocaré sus maravillas. Os hablaré tambien de su raptó prodigioso, y de la herencia que les cupo á los hijos de este gran patriarca, en quien se completó su espíritu. Las glorias de Elias formarán la

primera reflexion: las glorias de los sucesores de Elias será el asunto de la segunda: A. M.

Un espíritu noble, á quien el celo de la casa de Dios devora el corazon y las entrañas, ¿qué no es capaz de emprender y ejecutar por la gloria del Señor? Una alma, en que prendió la llama de este fuego voráz, es un trueno que todo lo commueve, un rayo que todo lo penetra, un torrente que todo lo inunda, un incendio que todo lo abraza; ni dificultades, ni inconvenientes, ni obstáculos son parte á detener el impetu y rapidez de su espíritu; trabajos, persecuciones, cadenas, hambre, desnudez y miserias, todas las plagas del mundo, le son más dulces que la miel y que el panal; todo lo sufre con alegría y con gusto por ver si Dios llega á ser glorificado, que es el único objeto de sus deseos y de sus ansias. Un corazon abrasado de celo está lleno de bondad y de dulzura para con las almas dóciles; es recto hasta el punto de inflexible con los espíritus tercos, humilde con los humildes, sencillo con los sencillos, grande y majestuoso con los majestuosos y grandes; le anima un valor heródico capaz de intentar las cosas más árduas: es animoso en sus designios, intrépido en los peligros, constante en las adversidades, inconstable en los reverses del mundo, impaciente por desfogar el ardor que le consume; todo lenguas para publicar las maravillas de Dios, todo manos para trabajar en las conquistas de las almas, todo ojos para atender á la salud de sus hermanos, todo caridad para unirlos en lazos de amor divino, y todo venganza cuando ve profanado el nombre del Altísimo.

¿Acabais de conocer á Elias por sus rasgos de celo que imperfectamente os he delineado? Este profeta grande, jamás visto en Judea ni en Israel, apenas salió á la luz del mundo, cuando ya apareció lleno de calor y de ardimiento por los intereses de Dios: la gracia parecía anticiparse á la naturaleza. Echemos algunos puñados de flores sobre su cuna, quiero decir, pasemos en silencio la infancia de este héroe y aquellos primeros años, en que como valiente atleta se amestraba en manejar las armas de las virtudes, que habia de jugar algun dia con tanta felicidad contra el Infierno; dejemos que el Carmelo, aquel monto coagulado y pingüe que eligió para su morada, aprenda santidad de este inculto penitente, y que las soledades repitan los ecos de sus ayes y gemidos por los pecados del mundo; dejemos para los ángeles, que fueron testigos oculares de su vida immaculada, explicar los empleos y ejercicios de este ilustre anacoreta, sus vigillas, su abstinencia, su oracion, sus enajenaciones y transportes; sus rigores y asperezas, en que como padre de una generacion futura tan numerosa

como las estrellas, zanjaba de antemano los fundamentos de la vida monástica, y las firmes bases sobre las cuales debia levantarse el edificio de la perfeccion cristiana; pasemos por alto, vuelvo á repetir, todos esos ensayos, esas semillas de virtudes, que dieron despues tan óptimos frutos, y vamos á la corte de Acab en el reino de Israel, donde Elias, hecho un fuego, desahogó los ardores de su espíritu, y puso en admiracion al Cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres.

¿Con qué colores os pintaré yo, hermanos míos, el reino de Israel, en aquellos infelices tiempos en que Acab lo gobernaba? Dividido ya del reino de Judá, y habiendo apostatado de la religion de sus padres: sostenia el culto sacrilego de los becerros de Jeroboam, y añadia nuevas execraciones á los pasados delitos por las cabezas que le dirigian: Acab y Jezabel. Acab, rey inicuo, y Jezabel, la reina más malvada y enemiga jurada de Dios. Era ésta sidonia de nacion, dada á la idolatria de su pais, mujer orgullosa y soberbia; tan intrigante y tan despótica, que habiéndose apoderado con sagacidad y astucia del ánimo del monarca, le hizo erigir un nuevo templo al dios Baal, y levantar un bosque de abominacion, en donde los sidonios é israelitas rebeldes cometian los más detestables excesos. Ella convocó adivinos, astrólogos, magos y profetas falsos, que diesen culto al idolo, y borrasen la memoria del Dios de Cielos y tierra. No era á la verdad el rey tan malvado como la perversa reina; pero, un amor desordenado y ciego á los atractivos de esta mujer extranjera le hizo cómplice en los mismos delitos. ¿Qué funestas consecuencias no era preciso se siguiesen á una abierta idolatria autorizada por el príncipe? Nuestra miseria y nuestra malicia no han menester de espuelas para correr por las anchas sendas de la disolucion y del libertinaje; y en breve se vió en Israel un reino inundado de vicios, un pueblo tiranizado de las más brutales pasiones, unas gentes impías, injustas, avarientas, pérdidas, disolutas, voluptuosas; sin humanidad, sin pudor y sin vergüenza, sin conciencia, sin Dios y sin ley, que irritaban la cólera del Dios de los ejércitos. Elias, en medio de estas prevaricaciones, se enciende, se abraza, se derrite, se deshace; el corazon no le cabe en el pecho; su celo es una fiebre ardentísima que le consume los huesos y la médula del alma. Él quisiera de un golpe exterminar aquella raza proscrita y borrarla de la haz de la tierra; pero su amor, igualmente dulce y activo, templa su enojo y su justa indignacion, y toma el medio de castigarlos por ver si puede reducirlos. El celo peca por impetuoso cuando no tiene otra mira que arruinar las obras de la mano de Dios, en vez de sostenerlas y repararlas. Por eso Elias, el discreto y prudentísimo Elias, junta la actividad con la moderacion,

y ántes de descargar el golpe, avisa del golpe que quiere descargar: él jura delante de Acab, que ha de castigar su sacrilega idolatría. Yo tengo de afligir al pueblo, le dice al rey cara á cara: en tres años continuos no ha de llover gota de agua ni un ligero rocío sobre la tierra; el Cielo estará duro como el bronce; y no hay que esperar á que se ablande en todo este largo tiempo, á no ser por orden mia y segun las palabras de mi boca.

Dijo; y apartándose de la presencia del rey, se fué á la parte del oriente, y se escondió en el torrente de Carit, en frente del Jordán. El vaticinio de Elias se cumple al punto. Hubierais visto anhelar la tierra, endurecerse el cielo, estañarse los ríos, secarse las fuentes, hervir el aire, abrasarse las noches, encenderse los días, tostarse los sembrados, enfermar los árboles, desnudarse los prados, debilitarse los bosques, morir las yerbas; y á todas las criaturas dar testimonio de la ira de Dios. Pero Elias se retiró á los montes por no ver la pena de aquellos cuyas culpas no podia mirar. ¡Qué estragos no indujo la sequedad del aire y esterilidad de la tierra! ¡Qué hambre! ¡Qué afliccion en todo el pueblo! ¡Qué lágrimas, qué gemidos, qué clamores en las gentes! Pero dejémoslo padecer el merecido castigo de sus iniquidades, y apartando los ojos de tantas lástimas, fijémoslos en aquella dichosa mujer, que fué verdaderamente dichosa por haber hospedado al profeta de Dios. Era ésta una pobre viuda de Sidonia, en Sarepta, á la cual el hambre del país habia reducido al último extremo de la miseria: no le quedaba en su casa más que un puñado de harina con que hacer una torta para ella y un hijito, bien seguros de morir entrambos porque todas las puertas estaban cerradas á su remedio. Mas ¡qué no pueden los méritos de los santos! Elias le asegura, que no le faltarán la harina ni el aceite hasta que cese el hambre, pues, si ha partido con él el pan que le quedaba, él le dará ciento por uno, y la indignicia y penuria no tocarán los umbrales de su casa. Ni paró aquí la gracia y la merced del profeta: el hijo de esta mujer es acometido de una calentura ardiente, que trastornando la máquina acaba con su vida, y queda la pobre madre en la mayor afliccion y desconsuelo. Elias, que no puede ver lástimas, conmovidas sus entrañas á piedad, se retira solo con el niño difunto, se estrecha con el cuerpecito del niño por tres veces, una manos con manos, pecho con pecho, boca con boca, y comunicándole aliento y espíritu de vida, se lo entrega vivo á la madre. ¡Ejemplo raro en las historias! pues, desde el principio del mundo hasta los tiempos de Elias, no habia habido hombre, por favorecido que fuera de Dios, que hubiese resucitado á un muerto.

Las calamidades de Israel iban creciendo por puntos; pero el ánimo de Acab no se ablandaba con los golpes; ántes, puesto en presencia de Elias, le dijo con mucho enfado: ¿Acaso no eres tú el que turbas y alborotas todo el reino?—¿Qué dices, oh rey? le contestó Elias; no de mí, sino de tu casa nace todo el alboroto y turbacion, por haber dejado á Dios y seguido á Baal. Si quieres conocer por experiencia tu error, convoca en el monte Carmelo una junta de todo el pueblo de Israel, llama tambien á los cuatrocientos y cincuenta profetas falsos, que comen cada dia en la mesa de Jezabel tu mujer, y allí se decidirá sobre el interés de la religion. La condicion se acepta desde luego; se congrega una asamblea numerosisima, y Elias les dice á todos: ¿Hasta cuándo habeis de claudicar á dos partes? Ya no es tiempo de andar siguiendo hoy una opinion, mañana otra: Si Baal es Dios, es menester creerle; y si no hay otro Dios que el Dios de Israel, es preciso adorarle. Aquí tenéis cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal; solo yo estoy por el verdadero Dios; tráiganse dos bueyes á cada parte, dividanse en piezas, pónganse sobre el altar, y el sacrificio sobre el cual bajare fuego del Cielo para consumirlas, éste dará testimonio de la verdadera religion. El pueblo convino en que la proposicion era justisima. Todo se hizo como estaba propuesto. Los sacerdotes de Baal empezaron primero á invocar el fuego del Cielo, pero el Cielo estuvo sordo á sus voces; clamaban á fuertes gritos, mas los gritos se los llevaba el aire; echaron, por último, mano de sus armas, é hiriéndose sin piedad, esperaban que su dios la tuviese de sus súplikas; mas todo era inútil y en vano. Entónces Elias, como burlándose de ellos, les dijo: Clamad en voz más alta; tal vez Baal estará profundamente dormido ó ocupado en algun negocio grave. Los ministros de Satanás se daban á las furias, y ardian en rabia contra el profeta. Visto que ellos no hacian caso, prepara Elias su sacrificio, hace pedazos las víctimas, y echando sobre ellas algunos cubos de agua para más justificarse, levanta los ojos al Cielo é invoca con viva fé al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. No bien acabó de orar, cuando desprendiéndose de lo alto un torrente de sagrado fuego, en un punto consumió el sacrificio, la víctima y el altar, con asombro y admiracion de todos. Elias no cabia en sí mismo de gozo por ver glorificado y engrandecido el nombre del Altísimo; y arrebatado de celo, dió orden al pueblo, que cogiesen á todos los sacerdotes idólatras embusteros y los despedazasen, sin que ni uno solo escapase de sus manos.

A este portento del fuego se siguió el otro prodigio del agua. Ésta se descaba con vivisimas ánsias, pero no habia señales que la anun-

ciasen; solo se descubria de la parte del mar una nubecilla, que apenas se dejaba observar por su pequeñez; sin embargo, Elias avisa al rey, que tome la carroza y marche con presteza, porque va á inundarse el pais; y hé aquí que, repentinamente, se oscurece el aire, se cubre la atmósfera de vapores y exhalaciones, se condensan y apiñan las nubes, y se desatan en una lluvia tan copiosa, que parecia venirse abajo el cielo. Estaba Elias medianero entre Dios y los hombres, y no habia cosa que resistiese á su voluntad, y á su arbitrio; estaba el justo entre los pecadores, y los méritos del justo pesaban más en la balanza de Dios que las quejas sentidas del Cielo y de la tierra. No dejó de sorprenderse Acab en vista de las maravillas de Elias, porque, al fin, le quedaba alguna tintura de religion; pero Jezabel, la infame y perversa Jezabel, lejos de ser tocada del menor sentimiento de salud, concibió un odio implacable contra el profeta por la matanza de sus sacerdotes, y juró por todos sus dioses, que habia de poner á sus piés la cabeza de este héroe.

Aquí fué cuando Elias, huyendo de los furores de esta mujer impia, y entrándose en el desierto, se puso á descansar debajo de un encebro, rendido de mil pensamientos tristes. Aquí fué cuando, ya harto de vivir entre los pecadores, le dijo á Dios con amoroso afecto: Basta, Señor, sacadme de esta vida, pues no soy yo mejor que mis padres. Aquí fué cuando, desfallecido y casi agonizando, le trajo un ángel un vaso de agua y un pan cocido en la ceniza para refrigerarle. Aquí fué cuando, al despertar de un profundo sueño, se halló con tales fuerzas y vigor en sus miembros, que caminó sin gustar bocado cuarenta dias y cuarenta noches hasta llegar al monte de Dios, Horeb. Aquí fué cuando, metido en el hueco de una peña, oyó y sintió aquel delicadísimo silbo de la divinidad, en que logró los más altos conocimientos y las más íntimas uniones con el Señor de la majestad y de la gloria. Aquí fué cuando se le intimó que caminase á Damasco, y ungiese á Azael por rey de Siria, y por rey de Israel á Jehú, quien con vara de hierro castigaria las prevaricaciones de la casa de Acab. Aquí fué cuando el Señor consoló su espíritu desolado, y le descubrió, que no estaba perdido todo, y que aún quedaban siete mil almas que no habian doblado la rodilla delante de Baal. Aquí fué cuando, por mandamiento de Dios, eligió á Eliseo por su compañero y discípulo, y empezó á formar con este profeta grande una nueva escuela de santidad y de toda perfeccion y virtud, que se habia de extender á las generaciones futuras. Aquí fué... Pero ¿á dónde voy, hermanos? Ya abuso demasiado de vuestra paciencia, y querer encerrar en un corto panegirico todas las grandezas de Elias es, querer

contar las arenas del mar y las estrellas del firmamento. Ya he dicho algo del celo y de las maravillas de este inculto patriarca, y es preciso también decir algo de las glorias de sus sucesores, que heredaron y completaron su espíritu.

Ya era tiempo que Elias dejase la habitacion ingrata de este mundo y tuviesen descanso sus fatigas y el ardor de su espíritu. Ya habia dejado en Jehú un vengador de la sangre de los profetas contra el linaje de Acab y de Jezabel. Ya habia declamado vigorosamente y dado en rostro á esta perversa reina con la opresion del inocente Nabot y la usurpacion de su viña. Ya Acab quedaba hecho victima de la venganza del rey de Siria, y los perros habian lamido su sangre, segun el oráculo del profeta. Ya Ocozias habia pagado con la vida el sacrilego atentado de consultar al dios de Acaron y dejar al Dios de Cielos y tierra; y reinando por Ocozias su hermano Jorám, novecientos años antes de la venida de Cristo, determinó el Señor sacar á Elias de la conversacion de los hombres con un estupendo milagro, que, despues de Enoc no tuvo semejante. Dios habia revelado á este profeta grande, que no habia de morir como el resto de los vivientes, si que seria llevado y trasportado á un lugar de reposo y suma paz hasta la consumacion de los siglos; cuando hé aquí que caminando Elias con su discípulo Eliseo, despues de haber pasado el Jordán á pié enjuto, vieron un carro de fuego, tirado tambien de caballos encendidos, y cogiendo al santo profeta Elias, le arrebató á lo alto y le escondió de la vista de los mortales. Eliseo habia rogado á su maestro con vivísimas instancias, que le dejase su espíritu doble para destruir y aniquilar á los enemigos de Dios, y Elias le habia concedido esta gracia, con tal que le viese al salir de este mundo: por eso, este discípulo amado, jamás le perdía de vista por no perder aquella rica herencia; y como le viese montar en la carroza de fuego, y que ésta no le quemaba, sino que con indecible gloria, en un momento, le elevó sobre las nubes, empezó á llorar tiernamente y clamar á grandes gritos: ¡Padre mio, padre mio, carro de Israel y conductor del pueblo de Dios! A este desconuelo y amargura de Eliseo le arrojó Elias su capa en testimonio y prenda de su amor y en cumplimiento de la peticion que le hizo. Cuando ya no le vió Eliseo, rasgó sus vestiduras, se vistió de luto y de tristeza, y lloró sin consuelo la pérdida de un hombre, que no habia tenido semejante en Israel.

Yo no sé á donde le trasportaron los ángeles, que, segun el parecer de S. Ambrosio, fueron los que le arrebataron. Lo cierto es, que despues de nueve años de su admirable traslacion, envió este profeta una carta escrita de su propio puño al rey Jorám, como consta

del libro segundo de los Paralipómenos, en que le reprehendía sus desórdenes é inicios procedimientos, y le anunciaba las calamidades y desdichas que vendrían sobre su casa y familia en pena de sus pecados. Cuando escribió esta carta varían los eruditos: quienes juzgan que la escribió ántes de su partida y la entregó á Eliseo con espíritu profético; quienes, como los hebreos, afirman, que la trajo un ángel del lugar donde moraba Elias. Como quiera, se dá á entender claramente, que el celo de su espíritu no se extinguió con su raptó, si que arde aún en vivas llamas para vengar los ultrajes de Dios y las maldades del mundo. He dicho, que no se extinguió su celo, porque dejando á un lado, que este varon admirable ha de ser algun dia un rayo abrasador, que consuma la iniquidad de la tierra en la última conflagracion del universo y vuelva por los intereses y por la causa de Dios; dejando á otro lado, que ha de ser el formidable antagonista del Antecristo, que le resistirá cara á cara y frente á frente, que deshará sus maquinaciones, ilusiones y falacias, y confundirá los misterios de iniquidad del hombre del pecado; que con sus poderosos ruegos aplacará la ira del Señor; que restituirá las tribus de Jacob á la luz de la verdad; que por su ardiente predicacion se salvará todo Israel; que dará su vida y derramará su sangre en defensa de la fé; que su cuerpo se levantará lleno de gloria, y una nube esplendorosa le elevará á la cumbre de los Cielos; sin necesidad de aguardar este dia de las venganzas; es constante, que su ardor y su mismo celo se continúan sin interrupcion en sus hijos, que, como otros tantos Eliseos, han heredado el doble espíritu del padre.

Con efecto, hermanos; ¿no fué Elias á quien debieron los profetas el magisterio de la verdad y los caminos rectos de la salud? ¿No fué Elias el que enseñó al mundo corrompido la abnegacion de sí mismo, la desnudez del espíritu, la inocencia y la pureza de vida tan opuesta á las máximas del sentido y de la carne? Los Pablos, los Antonios, los Hilariones, los Pacomios, los Macarios y todos los monjes de Egipto, de Siria, de la Tebaida y Palestina, ¿de donde tomaron reglas de perfeccion y de heroísmo sinó de este perfectísimo héroe? Las Órdenes religiosas, que tanto han ilustrado la Iglesia, ¿á quién sinó á Elias conocen por padre, por principio fontal y originario de toda observancia monástica? La religion del Carmelo, que en el Cielo del cristianismo brilla como el sol entre los astros; ¿á quién debe sus prodigiosos medros y brillantes resplandores sinó al espíritu de este gran patriarca? ¿No fué este hombre de Dios el que adoró en figura á la nube de la gracia, Maria, señora nuestra, y el primero que intimó al mundo el culto á esta soberana Reina? Los Benitos, los Basi-

lios, los Agustinos, los Romualdos, y cuantos han dado á la religion cristiana una prodigiosa propagacion en sus espirituales familias; ¿de dónde han tomado el espíritu que les anima, sinó de esta fuente primordial y copiosa, que se ha multiplicado en innumerables arroyos? El amor á la santa pobreza, dice S. Isidoro, la pureza de alma y cuerpo que guardan los Religiosos, tuvo su origen en Elias, y sus admirables progresos en los discípulos de este patriarca. Nuestros príncipes, dice S. Jerónimo, fueron sin duda Elias y Eliseo, y los demás hijos de los profetas.

Y un árbol, que tiene tan hondas las raices en la fecunda tierra de la Religion, ¡qué ramas tan frondosas y qué sazoados frutos no habrá producido en la larga série de los tiempos! ¡Qué rios de santidad y doctrina no habrán corrido en esta fuente copiosísima de doctrina y santidad! Si alguno puede contar las estrellas del cielo, cuente los santos de esta Órden herederos del espíritu de Elias. Por eso los sumos pontífices vicarios de Jesucristo, Leon IV, Estéban V, Juan X, los Gregorios V y VII, se mostraron tan parciales de esta ilustre Religion, que agotaron sus gracias á favor de los hijos de Elias. Dios haga que así como admiramos el espíritu del padre y de los hijos, sigamos también las huellas que nos han dejado estampadas estos agigantados héroes de perfeccion y virtud para que, siendo ahora fieles imitadores de la pureza y santidad de su vida, merezcamos algun dia ser participantes del premio y recompensa que gozan en la eternidad de la gloria. *Amén.*